

## *La belleza: ausencia de voluntad y conocimiento de la idea*

Debo disculparme de antemano al lector, pues en una obra donde no pierdo espacio barnizando párrafos con puras bagatelas, aumento irremediablemente mi posibilidad de *errar*. Así pues, no quiero que esto sea una vaga, soporífera y vil introducción de un libro que nunca llegará, sino más bien una *profunda* consideración de la *belleza* desde sus dos perspectivas, de suerte que el conocimiento de la una sea crucial para la cabal comprensión de la otra y se pueda al fin ser consciente de la importancia de tal fenómeno como un *Todo*: ora como ausencia de voluntad, ora como conocimiento de la idea.

La distinción entre *bello*, *bueno* y *agradable* tiene aquí una importancia tan decisiva como pasmosa, al no ser más que un error la completa identidad de dichos términos, fruto de la simplicidad y subordinación conceptual, así como de la vaguedad expresiva sumamente presente en el lenguaje cotidiano. Llámese *bello* al objeto que por su mera percepción place y, al paso que despierta el deleite, adormece tiernamente el *querer*; mas esto no ocurre con lo *bueno* y lo *agradable*, donde el sujeto a la par que contempla desea lo contemplado, de suerte que lo juzgado no es ya el objeto sino la utilidad o el placer que este produce, por lo que solo allí donde desaparece el interés para con la *voluntad*, es posible la formulación de un juicio estético puro e imparcial ¿Por qué el espectáculo de la luna roja resulta tan desconcertante y tranquilizador? Porque la luna es un objeto de la intuición, mas nunca del *querer*, de modo que nuestro satélite jamás puede ser agradable o bueno, sino tan solo bello.

Asimismo, es utópico imaginar un objeto que produzca simultáneamente utilidad y belleza: lo útil *no* puede ser bello, ni lo bello útil, pues el dinero no es ejemplo de belleza ni una cascada de interés. Igualmente, la *incompatibilidad* entre bello y agradable es harto evidente: no es bello el olor de una colonia ni agradable su frasco. La consciencia de belleza en un objeto, lo ocupa todo y agota por completo la posibilidad de aparición compartida de utilidad o agrado, de suerte que, al desaparecer tal consciencia, el objeto puede ser juzgado de otro modo. Todos estos antagonismos son producidos porque una cualidad de cualquier objeto, dígame la belleza, que sosiega la voluntad, no puede convivir conjuntamente con otras, sean estas lo agradable o lo bueno, que cautivan el *querer*. No obstante, estos últimos son compatibles por sus semejanzas volitivamente incitantes, de suerte que cuando se objetivan en un cuerpo, se potencia la seducción motivando el deseo

y reforzando el querer. Por tal razón, estos objetos se entregan de tal manera a la voluntad que su falta se transforma inmediatamente en sufrimiento, como una saciante bebida o una apetitosa comida. La belleza no es querer ni no querer, sino *ausencia* de voluntad.

Al igual que lo agradable, también lo *repulsivo* despierta la voluntad del espectador, pero ahora lo que se suscita es un violento *no querer*, como al escuchar las arcadas de una persona mientras vomita. Sin embargo, lo *feo*, al igual que lo bello, debe nacer de un juicio limpio e imparcial, valorando así el desplacer que produce el objeto alejado de todo interés o querer, y no como el peculiar dictamen de belleza que la jactancia materna coloca sobre sus hijos, sean estos aberrantes o deformes.

Si ahora, con nuestra convicción de que los conceptos de bello, bueno y agradable no son intercambiables en absoluto y tras el reconocimiento de que la voluntad es la eterna enemiga de la belleza, si con esta convicción -digo-, echamos un vistazo a la rimbombante "*belleza interior*" incubada en el populacho, no podemos evitar sentirnos coléricos e incluso heridos por la espada envenenada que acabó con Hamlet. Tal expresión, cargada de una jocosa conmiseración con los feos, solo puede ser consentida como metáfora de lo bueno, mas nunca en su sentido más usual, a saber, como bella bondad. Así pues, no se dice que dar limosna sea bello, sino meramente bueno.

Por otro lado, la belleza es el privilegio de la vista, al igual que lo bueno lo es de la razón y lo agradable del resto de los sentidos. Así pues, lo bello requiere de *luz* y, por ende, de color; lo bueno necesita de la presencia de *conceptos* en la consciencia; y lo agradable, del *aire* en el oído y el olfato y de la *proximidad* del objeto en el tacto.

Tras haber considerado la belleza desde la primera de las perspectivas, como ausencia de voluntad, estamos preparados para responder polémicas cuestiones sobre lo bello, encaminándonos así hasta la segunda de nuestras consideraciones estéticas. Si Platón definió la belleza como un valor *objetivo*, Aristóteles se empeñó en destacar su carácter *subjetivo*. Decantarse por alguna de tales aserciones una vez llegado a este punto, sería asaz absurdo, pues la belleza es un asunto que debe ser tratado desde ambos flancos, siendo cada uno de ellos un factor determinante para lo bello, y no eligiendo uno y rechazando otro, tachando al primero de objetivista y al segundo de relativista. La *belleza en sentido objetivo*, advierte exclusivamente de la *forma* material del objeto, la cual en tanto que precisa, significativa y dispar, "influencia" la formulación del juicio estético, permitiendo así la existencia de ciertos objetos más bellos que otros. En cambio, la *belleza*

*en sentido subjetivo*, hace alusión a la nulidad *volitiva* del sujeto en el momento de la contemplación, de modo que también es esta una condición indispensable para la aparición de lo bello. Así pues, la belleza no depende exclusivamente del objeto ni del sujeto sino de *ambos*, pues por eminentes que sean las formas de un objeto, si hay interés, no puede ser bello; y por completa ausencia de voluntad que exista, si el objeto no se hace apreciar por su apariencia o aspecto material, no llegará nunca a satisfacer y, por tanto, tampoco habrá sentimiento de lo bello. De tal manera, al comparar el Taj Mahal con una humilde y desproporcionada choza pastoril, la múltiple simetría y la variada cantidad de elementos decorativos que presenta el mausoleo, estimularía por completo el juicio del observador.

Este trabajo sería bastante exiguo e incluso digno de menosprecio ante los ojos de cualquiera, si nos quedásemos tan solo en la primera de nuestras afirmaciones sobre lo bello, pero como no es mi intención decepcionar al lector, ni tan siquiera generarle esa sensación de superficialidad y puerilidad tan usual en *estos* escritos, admitamos pues que la belleza es mucho más de lo que hasta ahora se ha dicho, ya que la parcialidad de esta primera consideración será cumplimentada por otra verdad cuya certeza no es tan contigua, y a la que solo puede conducir una investigación más profunda y una abstracción más difícil, a saber, que la belleza no es un fin en sí mismo sino más bien una puerta privilegiada hacia algo mucho más valioso y esencial: la *idea platónica*. Cuando un individuo contempla por ejemplo un paisaje cuyas formas son muy significativas y precisas, se despierta en su interior la chispa que enciende lo esencial del objeto, el individuo queda inmerso en la contemplación y siente que el tiempo se para, quedando absorto en y por esa percepción determinada, apagando la voluntad y la razón, y haciendo brillar la pureza de la intuición inmediata. Así, el sujeto queda hipnotizado no ya por la mera belleza de un objeto particular y sensible, sino por la claridad y el pudor de la eterna idea platónica.

El grado de belleza de un objeto *facilita* el conocimiento intuitivo de la idea de su *especie*, lo cual no significa que cualquier otro de su misma calaña esté desprovisto de capacidad para transformarse en idea, sino que un objeto bello plasma con mayor sencillez y armonía toda la multiplicidad de objetos sensibles en una sola figura, mientras que un objeto imperfecto y antiestético *dificulta* la inmediata traslación de lo sensible a lo inteligible. Por eso también cabe decir, en cierto sentido, que todo lo bello representa al unísono una idea, mas toda idea no se representa necesariamente en algo bello. Por

ejemplo, en nuestro paseo por un bosque de coníferas, nos detenemos a contemplar un pino que sobresale del resto por la prominencia de sus formas, la precisión de sus contornos y, en definitiva, en belleza. Inmediatamente, ya no somos conscientes del árbol en tanto que forma parte del bosque sino en tanto que *es* el bosque, pues su particularidad es ya *unicidad* y toda la multiplicidad, *unidad*: expresa ya soberanamente la idea de pino.

Baste con todo esto por lo que atañe a la segunda de nuestras consideraciones sobre lo bello. Tratemos ahora de forma sólida y concisa, vinculando todo lo expuesto aquí, un asunto de vital importancia: el *arte*. Este es mucho más que *mímesis* o repetición de fenómenos, es el *canal* mediante el cual la idea es transmitida públicamente con total transparencia, como cristal del mundo. Así pues, el fin del artista no es generar belleza ni duplicar las cosas, sino extraer de la realidad la idea y plasmarla a la postre en la obra de arte. Al hacerlo, la propia idea *obliga* al artista a ser objetivada en un cuerpo bello (pues procede de él), mas no por esto confundamos el medio con su misma finalidad. Digamos ahora: el arte es la imitación estética de la idea. Si quieren en un abrir y cerrar de ojos ilustrarse acerca de esta verdad, atisben con estupor esa “animalización del arte” entre las variopintas y geométricas obras de Franz Marc. En *Tigre*, por ejemplo, con la pura contemplación estética, carece de significado si el felino es macho o hembra, adulto o cría, malayo o siberiano, como también si aguarda para cazar o yace para descansar, olvidando al mismo tiempo el *cuándo*, el *dónde* y el *porqué*, para ser conscientes únicamente del *qué*, lo esencial, lo puro: la idea de tigre.

Cuando tenemos delante en la noche y bajo la inmensidad del cielo estrellado, el ruidoso bramido de la marea rompiéndose contra las rocas de un acantilado, estamos ante un prototipo no de lo bello, sino de lo *sublime*, lo absolutamente grande. Lo observado tiene ahora una relación *especial* con la voluntad, de *contraste*, pues este nexo no es ya de querer ni de no querer, sino de un temor y respeto combinado con un violento placer.

Lleguemos hogaño a los resultados de esta máquina mental tan sumisamente lacónica, y consideremos de igual modo cada uno de sus engranajes: los conceptos de bello, bueno y agradable no son permutables; la belleza y la voluntad son las dos caras de la misma moneda de la vida: la afirmación de la una, presupone la negación de la otra; lo bello es, además, el supremo acceso a la idea platónica, la cual tiene su momento de manifestación y evidencia absoluta en la obra de arte; la belleza tiene carácter objetivo y subjetivo; y lo sublime es el sentimiento de miedo que sin embargo, al combinarse con agrado, no alcanza la repulsión.